

## XXXVII

Lo último que escribió Walter Benjamin fue una carta. Se la entregó a Henry Gurland, con quien había atravesado la frontera poco antes. Gurland debía transmitir su contenido a uno de los amigos más cercanos de Benjamin, el filósofo alemán Theodor W. Adorno. Sabemos lo que decía esa carta, pero no dónde está, porque no se conserva ninguna prueba de su existencia. Es esta: «En una situación sin salida no tengo más opción que ponerle fin. Será en un pequeño pueblo de los Pirineos en el que nadie me conoce donde mi vida se acabará». Antes había ingerido una gran dosis de morfina. Después de sufrir intensos dolores y de rechazar enérgicamente un lavado de estómago, Walter Benjamin murió hacia las diez de la noche del 26 de septiembre, aunque en otras versiones la hora de su defunción se situara al día siguiente, de madrugada. Se le diagnosticó «ataque de apoplejía» o «hemorragia cerebral». Poco sabemos del médico que le atendió. O de los médicos que fueron a verle. Firmó el acta Ramón Vila Moreno. La señora Gurland pagó su sepultura por cinco años. En el verano de 1945, después del traslado de sus restos desde el nicho 563 a una fosa común, el rastro de Walter Benjamin se perdió por completo. Así se convertía, él también, en un ser anónimo.

De su paso por Portbou nos quedan unos pocos datos. Entre otros, un informe de la carpintería Mecánica, propiedad de Enrique Espadalé. 313 pesetas por una caja mortuoria forrada de paño con varias aplicaciones, además de los seis

hombres que condujeron el féretro al cementerio y el albañil encargado de cerrar el nicho. También sabemos el contenido de la factura del hotel, 166,95 pesetas por los siguientes servicios: cinco días de habitación (Benjamin estuvo en ella la mitad de ese tiempo), cuatro conferencias telefónicas (¿a quién?), una cena, cinco gaseosas con limón, gastos de farmacia, vestido del difunto, desinfección, lavado y blanqueamiento. A eso habría que sumarle 75 pesetas por las cuatro visitas del médico, el ya citado Ramón Vila Moreno, por las inyecciones, tomas de presión arterial y sangría. Sin olvidar las 50 pesetas destinadas al juzgado municipal y las 93 que fueron a parar al cura Andrés Freixa, que firmó el acta de defunción, registrada en la parroquia de Santa María de Portbou: «El 26 de septiembre de 1940 ha fallecido aquí en Portbou, obispado y provincia de Gerona, a la edad de 48 años, el señor Benjamín Walter, nacido en Berlín, procedente de Francia, casado con Dora Kellner. Ha recibido los santos sacramentos. Al día siguiente ha recibido sepultura en el nicho número 1 de los nuevos nichos, en el lado sur de la capilla del cementerio católico de este lugar. Andrés Freixa, sacerdote».

## XXXVIII

Lo que siguió a su muerte también está envuelto en interminables círculos de intriga, de imprecisiones. Para empezar, el acta firmada por Freixa, que fija por error la fecha de enterramiento y la sitúa un día antes.

Durante mucho tiempo, la presencia de Walter Benjamin en Portbou era poco menos que un suceso imaginario, casi ficticio, más cerca de la invención que de la realidad. Tuvieron que pasar varios años para que Benjamin dejara de ser un rumor y se convirtiera en una presencia, en una verdad incuestionable, aunque se tratara de un testigo ausente. En el mes de octubre, cuatro semanas después de su muerte, Max Horkheimer pedía a las autoridades locales detalles del fallecido. Apenas obtuvo resultado. Solo una carta remitida por la Comisaría de Investigación y Vigilancia de la Frontera Oriental en donde se informaba del equipaje del Sr. Walter: «Una cartera de piel de las usadas por los hombres de negocios; un reloj usado de caballero; una pipa; seis fotografías; una radiografía; unos lentes; varias cartas; periódicos y algunos papeles más que se ignora su contenido, como también alguna cantidad en dinero». La diligencia del juzgado, además de ser más exhaustiva en la descripción de ese material, añade otras pertenencias: un pasaporte librado en Marsella por el American Foreign Service, un certificado expedido por el Institute of Social Research y otro en París, el 17 de mayo de 1940. En algún otro documento leí que entre sus pertenen-

cias también se encontraba una carta dirigida a los dominicos de Barcelona.

Hannah Arendt volvió a Portbou poco tiempo después. Apenas sacó algo de aquel regreso, porque allí, nos dice, no había nada que encontrar. Por ninguna parte aparecía su nombre. Se desconocía dónde estaba enterrado. Como escribió uno de sus biógrafos, Bernd Witte, aún hoy nadie sabe el lugar en el que se encuentra su tumba, en el pequeño cementerio de Portbou.

Hasta mediados de octubre, Adorno no tuvo conocimiento de lo sucedido. Scholem lo supo en noviembre, a través de Hannah Arendt. Nadie reclamó los restos de Benjamin, tampoco sus pertenencias, que supuestamente estaban a disposición de sus herederos. Ni rastro tampoco de la cartera con los manuscritos.

La muerte de Walter Benjamin dio inicio a un universo inagotable, el de las especulaciones, en el que cuesta trazar una separación entre el mito y la historia. Todo el mundo tenía su propia teoría, algo que se ha venido repitiendo hasta hoy. Recuerdo una conversación que mantuve con el dueño de un colmado, a pocos pasos del lugar que ocupaba el Hotel Francia. Había entrado varias veces a esa tienda, pero no me animé a hablar con él hasta mi quinta o sexta visita. Un hombre amable y servicial que estaba encantado de que alguien le preguntara por Benjamin o por cualquier otra cosa relacionada con Portbou. Él lo tenía claro: a Walter Benjamin lo mataron. Eso lo sabe todo el pueblo, añadió. Desconfiaba de la versión oficial, que siempre había apuntado al suicidio como causa de su muerte. Al parecer, me dijo, conocía a alguien que había vivido aquellos días de septiembre de 1940. Se trataba de una fuente a la que otorgaba toda su credibilidad, porque había presenciado una conversación

en el Hotel Terminus, uno de los alojamientos que existían por entonces en Portbou. Ese testigo anónimo había escuchado que Benjamin era un viajero incómodo al que había que sacarse de encima lo antes posible. No hay razón para contradecir esa idea. Hay teorías que apuntan en esa dirección, preguntas que sobrevuelan el caso y cuestionan la versión que hemos aceptado durante todo este tiempo: ¿cómo podía Walter Benjamin conservar tanta lucidez después de haber ingerido tal cantidad de morfina? ¿No hubiera entrado antes en un estado de somnolencia? ¿Por qué, según algunas versiones, consumió sólo la mitad de las Eukodal, el derivado de morfina que llevaba consigo? ¿Cuál era la razón por la que el juez se apresuró a cerrar el caso tan rápido? ¿Qué ocurrió entre los médicos que debían ocuparse de la autopsia? ¿Por qué se le entierra en el cementerio católico y no en el cementerio laico, al lado de otros suicidas, proscritos, maquis o apóstatas?

Difícilmente podremos resolver esas cuestiones, aunque el registro judicial se vaya completando muy lentamente. Son preguntas casi retóricas a las que es casi imposible dar respuesta alguna. Se quedan enredadas en el aire, en la atmósfera de un suceso que jamás podrá resolverse del todo, como si llegara envuelto de un hechizo o de una fuerza enigmática.

Toda especulación acabará formando parte de una posibilidad, de una hipótesis válida, tan válida como cualquier otra. En Portbou llegué a escuchar que Walter Benjamin se había ahorcado. Incluso aún guardo un artículo de Stuart Jeffries, publicado en *The Observer* el ocho de julio de 2003, en donde se recoge la controvertida tesis de Stephen Schwartz según la cual Walter Benjamin fue asesinado por agentes secretos estalinistas. El título de Jeffries es claro y contundente: «Did Stalin Killers liquidate Walter Benjamin?».

Lo que sí parece probable es la existencia en Portbou de miembros camuflados de la Gestapo, aunque algunos lo nieguen vehementemente. Su presencia allí demuestra la colaboración entre ambos regímenes, la prueba de que Franco y Hitler no estaban tan alejados el uno del otro. En la aduana, había al menos un funcionario de la Gestapo encargado de identificar a los que cruzaban la frontera, a quienes sometía a una estrecha vigilancia y a un control exhaustivo. La misma fonda de Francia era visitada por muchos alemanes, sobre todo para comer. Por lo que sé, su cocina gozaba de una cierta fama. A comienzos de los años cuarenta, la primera figura culinaria era Pere Granollers, que pasó del Hotel París de Montecarlo al Bufet de l'Estació de Portbou, donde servía comida rápida en función de los horarios de los trenes. Quizás esos mismos alemanes acudieran allí para intercambiar información. Tal vez con la señora Suñer, la mujer de quien fuera el encargado de la fonda. Puede que también ella colaborara con los nazis, como confidente. Y puede que, tal y como hicieron algunos alemanes al acabar la guerra, se marchara a Venezuela huyendo de los juicios de Núremberg.

Hay algo que resulta aún más incuestionable: cada vez van quedando menos testimonios, y los pocos a los que podemos acceder no aclaran demasiado. Algunos de ellos no son más que una acumulación de evasivas, testimonios más bien huidizos que intentan liberarse de cualquier tipo de responsabilidad. En el fondo, eso es algo muy habitual entre quienes guardan una historia que pueda deshonorarles, un secreto incómodo e inconfesable que han ocultado con celo, incluso a sus propios familiares. Existe una frase muy común en ellos: «Yo solo trabajaba en lo mío y no tenía ni idea de lo que estaba pasando». Como en aquella película de Billy Wilder en la que aparecía un personaje de pasado turbio que, una vez

finalizada la Segunda Guerra Mundial, se había convertido en el ayudante del director de una gran empresa estadounidense con sede en el Berlín occidental. Cuando su jefe le preguntaba por su relación con los nazis, él respondía que no tenía nada que ver, que durante aquellos años trabajaba en el metro y que apenas sabía lo que estaba sucediendo un poco más arriba, en la superficie.